

Martes, 3 de Marzo de 2015

NUESTRA AMADA MADRE MARÍA

Hijos míos: Soy vuestra Madre Celestial. Aquí estoy como siempre, para deciros siempre que hace mucha falta la Oración; que oréis mucho; que pidáis mucho al Padre, porque hace muchísima falta; la hace y la hará, porque cada oración que vosotros hagáis hacia el Padre, esa oración el Padre la coge para salvar almas que están muy necesitadas de oraciones. ¡Cuántas almas se están perdiendo por no tener quien las saque del Purgatorio, hijos míos! ¡Cuántas almas no se acuerdan ni su propia familia de ellas! Por eso, tenemos que pedir para los que oréis que lo hagáis; y así lo pide el Padre Celestial y mi Hijo Amado.

Hijos míos, mi Hijo Amado, ¡qué tanto sufrió y qué tanto sufre. Porque entonces le pusieron la Cruz, y ahora se la ponen todos los días, hijos míos. ¡Qué pena tan grande! Está con su manto todo lleno de manchas negras, que son los pecados, hijos míos, de todos vosotros. Y ahora hay que quitárselo para que se quede limpio. Pero, hijos míos, no lo puede tener limpio nada, porque de momento empiezan a ponérsele, porque ya están cargándole todos los pecados, y toda la cruz se la cargan muchísimo, hijos míos; aliviársela vosotros un poquito y pedid para que no sea tan fuerte la carga de mi Amado Jesús. Y mi Hijito..., tanto que se quieren a los hijitos, que vosotras sois madres y lo sabéis cómo se quiere; pues así quiero Yo y quise a mi Hijito y mi Amado Jesús, pero me lo arrebataron.

Desde que nació, nada más que de un lado para otro, para que no lo mataran; y así estuvimos hasta que el Padre dijo: ***“Ya quedaos ahí, que Herodes ya ha muerto”***. Pero, luego, quedaban otros Herodes peores, hijos míos, que esos sí fueron a por Él, y Él, claro, se dejó, porque tenía que dejarse; si no, no lo cogen. Y Yo le decía: ***“Hijo mío, espera un poquito más, espera un poquito más; estás conmigo, no me dejes tan sola”***. Y me decía: ***“Madre, ha llegado mi hora; ya ha llegado mi hora y tengo que hacerlo: tengo que dejarme, para que los hombres vean y cambien”***.

Sí, hijos míos, los hombre no han cambiado; ni aunque vieron el sacrificio tan grande de mi Amado Hijo, no cambiaron; y a Mí me dejó tan sola, tan desconsolada por el mundo. Pero Juan: ese hijo, que mi Hijo le dijo que Yo era su Madre y él era mi hijo, sí, hijos míos, me llevó a su casa y allí estuve hasta que el Padre Celestial me quiso llevar para el Cielo.

Y así fue: Cuando llegué allí mi Amado Hijo estaba esperándome, y el Padre Celestial me dijo: ***“Venga, Hija, que ya ha llegado tu hora de que estés entre***

nosotros y de que no sufras, y tengas a tu Hijo a tu lado". ¡Qué fiesta hicieron todos los Ángeles!, ¡todos! Y así quiero Yo, hijos míos, que cuando llegue el momento de que el Padre os diga: ***“Ya tenéis que subir para arriba”***; que haya una fiesta y que los Ángeles estén esperando, porque vosotros os lo ganáis. Pero, hijos míos, mucho sacrificio y mucho amor hacia todos; y callar y no dar quejas a ningún hermano; y todo sea decir: ***“Amén, amén, amén; lo que el Padre Celestial quiera; y amén lo que el Padre Celestial quiera”***.

A Mí me decía Juan: ***“Pero, Madre María, habla, dime algo”***. Y Yo le decía: ***“Hijo, ¿qué quieres que te diga?, si mi Hijo se ha llevado todo de mi alma: se ha llevado mi voz, se ha llevado todo”***. Y decía: ***“Pero yo soy tu hijo también, que estoy aquí como Él lo ha mandado y lo ha querido”***. Y Yo le decía: ***“Sí, hijo mío, Yo te quiero mucho, pero a mi Hijito de mi alma me lo arrebataron a la fuerza de las manos”***.

Por eso, hijos míos, orad mucho, ahora que viene el tiempo del amor; esta temporada es del amor, porque es lo que dejó mi Amado Jesús: amor a todos y sacrificio; y orad mucho y entregad el corazón a quien esté a vuestro lado; siempre humildemente, siempre sumisa, porque así es como lo quiere el Padre Celestial.

Hijos míos, y cuando deis algo dadlo de corazón, dadlo con amor; pero que nadie se entere, solamente tu corazón y el que lo recibe, hijos míos. Yo así lo quiero, para que vosotros también tengáis vuestra fiesta cuando vengáis; pero ya veis, hay que sufrir. ¡Mirad si sufrí Yo!, y estaba escogida antes de nacer para el Padre; pero también tuve que sufrir mi calvario y mi sufrimiento.

Sí, hijos míos, no tengáis que dar quejas, ni quejaros. Decid a todo: ***“Amén. Dios mío, Tú lo has querido y Tú lo quieres”***. Todo ofrecédselo al Padre Celestial, porque Él todo lo recibe y todo lo quiere: lo bueno y lo malo, todo; pero si siempre es bueno se pone muy contento, y dice: ***“Mira, mi hijo o mi hija, siempre me dan cosas buenas para que Yo esté contento; porque todo lo que les hacen a sus hermanos me lo hacen a Mí; si lo hacen mal, me hacen a Mí mal, y si lo hacen bien es para Mí”***.

Así que, hijos míos, no hagáis que sufra el Padre Celestial; dadle siempre ese amor que necesita de sus hijos, para que esté contento, para que diga: ***“Mira, benditos sean”***; y el Señor desde arriba os bendice. Nunca penséis que el Padre os deja; no, que el Padre siempre todo lo ve y todo lo sabe, porque para eso es Sabio; y todo lo ve: a todo el mundo, a todos los continentes.

Hijos míos, que hay mucho mal; que le ofenden; que no lo aman. Por eso, mi Amado Jesús también sufre. Pero ahora, en estos días de sufrimiento pero de amor, llevadlo vosotros con el Amor que mi Hijo llevó la Cruz allí al Calvario y se entregó por Amor, hijos míos. Hacedlo vosotros y caminad siempre con amor, y nunca digáis: ***“¿Por qué me pasa a mí esto?, ¿por qué?”***. No os dais cuenta que la cuenta la tiene

que echar el Padre Celestial; Él sabe lo que a ti te pasa y lo que le pasa a todo el mundo.

Hijos míos, vosotros pedidle; cuando tengáis un motivo de sufrimiento, decidle: **“Padre, alíviame; no quiero que me lo quites del todo, porque yo quiero llevarlo como tu Hijo llevó la Cruz muy a gusto, pero acude a mí que te necesito”**. Y así, de momento, el Padre Celestial acude, hijos míos, os manda a los Ángeles, os manda a todos los que pueden ir a socorremos.

Hijos míos, Yo tengo mucha pena de todo lo que está pasando por el mundo y más de lo que va a pasar; hijos míos, más va a pasar. Que en estos momentos, en estos días no tenía que haber nada de muertes ni nada, pensando cómo arrebataron la vida a mi Amado Jesús. A mi Hijito tenían que mirarlo, y no arrebatar la vida a nadie y a ningún hijo de su Madre y del Padre Celestial.

Hijos míos, os voy a bendecir, para que quedéis bendecidos, para que llevéis a vuestros hogares la Luz del Padre Celestial.

Yo, vuestra Madre Celestial, que del Cielo ha bajado con la Luz Divina del Padre, y el Amor y el Agua del Manantial del Padre Celestial: ese Manantial bendecido por el Padre Celestial, creado por el Padre Celestial; Yo traigo el Agua para bendeciros a vosotros, hijos míos, y digo: ***“Padre Celestial, bendice a tus hijos que están orando en tu nombre; que te quieren, que te adoran. Por eso, esa Agua que Tú has creado para el Cielo, para los Ángeles, también bendícelos a tus hijos, porque esa Agua es Agua de Luz y de Amor. Yo os bendigo: En el nombre del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+”***.

Hijos míos, todos quedáis bajo mi Manto Celestial y el Manto del Padre; que el Manto del Padre es de Luz y de Amor. Cubríos y amad a todo el que se acerque a vosotros.

Adiós, hijos míos, adiós.

Martes, 10 de Marzo de 2015

NUESTRA AMADA MADRE MARÍA

Hijos míos: Soy vuestra Madre Celestial. Aquí estoy con mucha pena en mi Corazón, pero he querido visitaros, hijos míos. Estoy aquí durante toda la Oración, porque quiero acompañaros. Pero, hijos míos, tengo mucha pena porque ahora es cuando mi Hijo tiene que estar sometido a... ¡siempre, hijos míos!, a la pena tan grande que le hicieron pasar cuando estaba ahí entre vosotros; y así lo lleva Él. Está triste, porque dice: ***“Madre, si no adelanté nada; Yo no adelanté nada. Están peores***

que cuando Yo estaba. Yo que hice...; que fui al mundo solamente para sufrir Yo, de ver que no pude hacer nada, y luego estoy sufriendo porque aún va el mundo peor”.

Yo le digo: ***“Hijo, tu Padre te mandó para que el mundo fuera bueno: el mundo reparara todos sus pecados, pero no quisieron. Yo tuve que sufrir todas las penas, que Tú desde que Tú naciste Te andaban persiguiendo”.*** Y así estuvimos de un lado para otro, y no poder estar en un sitio tranquilos; porque Yo, aunque el Padre me decía que estuviera tranquila, que no consentiría, que tenía que hacer su cometido a lo que había ido al mundo.

Y por eso, cuando veía peligro se lo decía a mi Esposo, a José, le decía: ***“Coge al Niño y a la Madre y vete de ahí, porque ya saben que está ahí y ya van a por Él”.*** Y allá que teníamos que ir al amanecer, y nos íbamos donde nos mandaba; donde el Padre nos decía que fuéramos allá íbamos; siempre bajo su mandato, nunca nos salimos del mandato del Padre. Y así fue. Y así llegó mi Hijo a los treinta y tres años.

Así, cuando ya el Padre vio que el mundo no se hacía mejor, consintió que se entregara y que hicieran con Él lo que quisieran, porque luego ahí estaba Él para quitarle todo de encima. Pero todo lo sufrió Él. ¡Cómo le pegaban!, ¡cómo le tiraban del pelo! -con lo que Él miraba por su pelo-. Tenía un pelo muy bonito, hijos míos, y siempre estaba diciendo: ***“Mira, Madre, qué ondas, qué rizado lo tengo”.*** ¡Y cómo se lo pusieron de darle tirones y de darle golpes! Y así fue a la Morada de su Padre; allá se entrego así, y le dijo su Padre: ***“Todo queda borrado de tu cuerpo, hijo mío, pero tenía que darte a conocer así: que era mi cuerpo el que estaba allí; porque Tú eras mi Hijo, pero era Yo mismo el que estaba allí contigo. Porque los golpes me los han dado a Mí también. Todo lo que te han hecho, ha sido a Mí, porque Yo soy Tú y Tú eres Yo, Hijo mío”.***

Ya ha llegado su hora y está con su Padre. Y ahora ya, como le dijo su Padre Celestial: ***“Hijo mío, ahora se han quedado ya solos”.***

Todos quedaron solos, sin amor de nadie; solamente los Apóstoles, que al final vieron quién era, y dieron muchos de ellos su vida por Él, porque dijeron: ***“Si Él ha dado la vida por nosotros, ¿por qué nosotros no darla también?”.*** Y Yo les decía: ***“Hijos míos, no, porque mi Hijo es del Padre, y el Padre lo ha mandado. Vosotros sois hijos del Padre también, pero no tenéis necesidad de sufrir tanto como Él ha sufrido”.*** Pero sí sufrieron mucho todos, cuando vieron aquella pena y aquellos golpes.

Juan estuvo conmigo hasta mi muerte, hasta que llegó mi hora, que me dijo el Padre: ***“Vete y reúnete con todos; que todos estén contigo y que todos te lleven al sepulcro creyendo que estás muerta. Pero en el momento que te dejen allí, los Ángeles te levantarán y te traerán para acá”.*** Y así fue, hijos míos, Yo no morí; Yo

fui viva en cuerpo y alma hacia el Padre y hacia mi Hijo, y allí me estaban esperando los dos con los brazos muy abiertos para cogerme a Mí.

¡Qué gozo y qué alegría, hijos míos, cuando llegué ante mi Hijo, cuando llegué ante el Padre, cuando le vi la cara, el rostro al Padre; que Yo tampoco se la había visto nunca, hijos míos; Yo en la Tierra nunca le vi la cara al Padre Celestial; hablaba con Él, y me decía: ***“Hija mía, no sufras, porque Yo te he escogido y no voy a consentir que nadie te dé sufrimiento. Lo pasarás, porque a tu Hijo lo verás sufrir y sufrirás Tú también, pero nada más. Pero luego el gozo vendrá en cuerpo y alma hacia Él, para entregarte a Él”***.

Y así fue, hijos míos. Yo, aquello..., cuando me dejaron en el sepulcro con aquellas flores tan hermosas que todos me pusieron, cogían para Mí, quiso el Padre que se quedaran perfumadas todas, para que vieran que Yo me había ido, pero al Cielo derecha, y había dejado el perfume que el Padre me había mandado desde el Cielo con los Ángeles, hijos míos.

Por eso, vosotros sed buenos para que el Padre os mande también a los Ángeles, cuando llegue el momento de entregaros al Padre Celestial. Y así estoy Yo, sufriendo por todos mis hijos del mundo, porque no valió para nada la pena tan grande que mi Amado Hijo pasó, sufrió porque era perseguido desde que nació hasta que llegó su momento.

¡Hijos míos, qué pena! Solamente sus Apóstoles fueron todos muy buenos con Él, menos uno; pero también fue perdonado, pero nunca ha sido coronado; el Padre no ha querido coronarlo, porque aunque lo vendió, luego no fue capaz de esperar para sufrir su mandato que el Padre le hubiera mandado; pero él quiso poder más que el Padre Celestial y se quitó la vida. Por eso, hijos míos, no ha podido ser coronado.

Yo os digo que vosotros seáis buenos: deis buena enseñanza, deis buen ejemplo, para que el Padre diga: ***“Esos son mis hijos, que han recibido oraciones; han recibido mucha Enseñanza del Cielo”***. Y así quiero Yo: que mi Enseñanza haya sido para algo; que digáis y diga el Padre Celestial que he sido buena Profesora, hijos míos. A ver si es verdad que llegáis limpios hacia el Padre Celestial, con el corazón limpio, las manos limpias y todo el cuerpo limpio, hijos míos, vuestra alma limpia, todo, para que el Padre os coja y diga: ***“Éstos son mis hijos, que han sido enseñados por la Madre y por mi Hijo”***.

Así que, hijos míos, seguid y pedid mucho al Padre, y orad mucho por vuestros hermanos; pedid mucho y amad. El Amor es el que más le hace al Padre Celestial, porque si amas al Padre Celestial y no amas a tu hermano que está al lado, el Padre Celestial no quiere ese amor; prefiere el amor a tu hermano antes que a Él. Y Yo lo digo también, hijo mío: ***“Prefiero que a tu hermano -que está al lado- le des tu***

amor, que le des todo lo que tengas si lo necesita; porque si se lo das a tu hermano, me lo estás dando a Mí y se lo estás dando al Padre Celestial”.

Así que, hijos míos, seguid, y vamos... Y ahora que estamos en el tiempo del Amor, porque mi Hijo todo fue Amor y no dio nada más que Amor; dad vosotros también Amor, para que todos los que estén a vuestro lado, vean y digan: **“Éstos no vienen del mundo, vienen de Arriba, del Cielo, hijos míos”.**

Bueno, os voy a bendecir, porque Yo quiero que seáis bendecidos en este tiempo de pena y de amargura hacia algunos, pero de resurrección para otros. Seguid y no miréis para atrás, hijos míos.

“Yo, vuestra Madre Celestial, vuestra Madre que del Cielo ha bajado, con el Padre que manda la Luz, el Amor, el Agua; todo sea de su mano para bendeciros, y Yo, vuestra Madre, tiendo mi Manto y digo: En el nombre del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+”.

Hijos míos, todos quedáis bajo el Manto de vuestra Madre Celestial. Con esta pena que tengo, pero os doy el Amor que necesitáis, hijos míos.

Adiós, hijos míos, adiós.

Martes, 17 de Marzo de 2015

NUESTRA AMADA MADRE MARÍA

Soy vuestra Madre Celestial: Aquí estoy con vosotros, con mucha pena en mi Corazón, ¡muchísima pena! Y no iba a estar, hijos míos, pero digo: **“Los acompañaré hoy en su Oración”**; porque, hijos míos, ya no voy a estar hasta que pasen estos días de dolor, pero también de amor.

Tengo, hijos míos, mucha pena por todas las madres que pierden a sus hijos; que los pierden como Yo; no es porque el Padre Celestial se los lleva, sino porque los hombres los quitan; el que le estorba lo quitan del medio, hijos míos.

Por eso es mi dolor: que cuántos hermanos vuestros vienen aquí y no saben ni cómo han venido ni por qué están; no lo saben, hasta que les tenemos que decir: **“Hijo mío, si tú ya no estás en la Tierra, tú ya estás con el Padre Celestial; ya estás aquí para cumplir el mandato que el Padre te dé ahora; ya vienes con tus pecados perdonados, porque otros te han rebatado lo mejor que tenias: tu vida; y todos tus pecados han caído sobre el que la vida te la ha quitado. Así que, hijo mío, aquí estás con nosotros”.**

Y ya se dan por aludidos de que están. Ya ven su cuerpo dónde está. Se le dice: ***“Mira para abajo y verás tu cuerpo dónde está”***. Y ya comprenden y ya ven que sí, que están arriba con el Padre Celestial.

Hijos míos, Yo compadezco a todas esas madres que pierden a sus hijos como Yo. Yo sabía que se iba con su Padre Celestial, que Yo ya lo había tenido todo el tiempo que el Padre Celestial me lo había dejado, y ya era hora de que se fuera; pero Yo quería que se hubiera ido de otra manera, no como se fue: condenado, como un criminal que lo llevaban, hijos míos. Y sabía que estaba bien, que estaba con su Padre, pero no lo tenía Yo. Yo me hubiera querido ir con Él, pero el Padre dijo: ***“No, Tú te quedas ahí, que todavía no ha llegado tu hora”***.

Y así tuve que estar sufriendo tanto tiempo, hasta que llegó mi hora de que el Padre me dijo: ***“María, vamos, que ya te esperamos; que ya te necesitamos aquí; tu Hijo te necesita ya aquí a su lado, y me lo está rogando”***. Y así fue.

Por eso, hijos míos, Yo pido que tengáis el corazón bien limpio, y que tengáis el corazón blando por todos esos hijos que se van porque les arrebatan su vida. Yo os pido a vosotros que pidáis mucho, que oréis mucho; que la Oración tiene mucha fuerza.

Pero, hijos míos, Yo hoy quería estar aquí con vosotros, para deciros que ya voy a estar al lado de mi Hijo y, entonces, voy a estar también al lado del Padre; pero solamente para ellos. También para todos, si me necesitáis; pero es si me necesitáis, que me llaméis; pero si no, hijos míos, Yo voy a estar a su lado, juntitos. Y así quiero Yo que estéis vosotros, juntitos, amándoos los unos a los otros como Yo os amo a vosotros; porque Yo os amo a todos y os quiero mucho.

Yo os digo a vosotros, hijos míos, que estáis aquí orando, que estáis sacrificándoos, pero estáis aquí juntitos, que es lo que Yo quiero, siempre os lo digo; y por eso os amo a vosotros, hijos míos, particularmente. Porque me pongo muy triste cuando veo a mi hija que me dice: ***“Madre, Tú sabes que tu Cenáculo empezó muy fuerte y ha estado muy fuerte mucho tiempo, pero ahora -ya lo ves- está muy flojito; no quieren venir; ya no es como cuando empezamos, que todo era muchísimo, ¡muchísimo!”***.

Y Yo le digo: ***“Hija mía, no te preocupes, que aunque estés tú solita, Yo también te acompaño y estamos las dos orando; no te preocupes”***. Ya se pone más contenta; pero está triste porque ve que cada vez vienen menos y que sus hermanos de confianza, los de siempre, ya ninguno..., y llora; pero Yo la consuelo y le digo: ***“No, hija, no te preocupes, que Yo siempre estaré a tu lado y contigo”***. Se consuela, pero Yo sé que tiene ese nudo en su corazón, de ver a sus hermanos que tantos como venían... Me dice: ***“Yo no es porque me quieran a mí, Madre, sino porque te***

quieran a Ti. Te abandonan a Ti; abandonan al Padre Celestial; ¡y qué pena tan grande me da!”.

Y Yo le digo: *“No sufras, hija, no sufras; que Yo siempre estaré contigo, aunque te pongas a orar solita. ¿No ves cómo cuando estás solita vengo Yo o mi Amado Jesús para acompañarte, para que no estés solita? A la hora que tú te pongas, nosotros estamos contigo; y venimos y te mandamos a los Ángeles para que no estés sola”*.

Y la acompañamos nosotros, y tiene...; no se lo dice a nadie; pero Yo os lo digo a vosotros, que tiene mucha pena de ver que de los que empezaron en el Cenáculo ya no hay nadie; está solita. Bueno, pero siempre quedará alguno, como vosotros estáis ahora mismo aquí.

Por eso, Yo os digo que Yo os pongo siempre al Padre Celestial, y le digo: *“No tienen pereza para ir”*. Hijos míos, no tengáis nunca pereza; la pereza es mala compañía, porque ésa no viene del Padre, viene “del Contrario”. Cuando dices: *“¡Qué pocas ganas tengo de hacer esto”*, veréis cómo cada vez tenéis menos ganas; ¿por qué?, porque estáis diciéndolo. ¡No lo hagáis, no lo hagáis! Yo estoy con vosotros, y os pongo que no tengáis esa pereza; todo lo contrario, cuando haya esa cosa decid: *“No, pues yo ahora me marcho y voy donde el Padre Celestial quiere que yo vaya”*.

Y así ganáis mucho hacia el Padre Celestial, hijos míos. Pero cuando el Padre ve que hacéis caso de la pereza, de lo contrario, hijos míos... Ahora está “el Contrario” dando mucha rebotadas, porque quiere llevarse a muchos, porque ahora hay muchos hijos y hermanos vuestros que se ponen muy tristes, porque es tiempo de tristeza; y ahí van ellos, a la tristeza, ¡ahí van! Cuando ven a una persona triste: *“Que no tengo ganas de nada”*; ahí van a decir, hijos míos: *“No hay que tener ganas, hay que estar quieto”*; y se aprovechan.

Yo os lo digo, para que sepáis, hijos míos, cómo empieza a hacer su labor; y de ahí ya engancha y ya no os deja, hijos míos. Por eso, Yo hoy he querido venir a decíroslo: *“Que ahora es un tiempo del que está gozando él, porque hay muchas personas así: que están tristes, porque el tiempo lo da, porque sienten lo de mi Amado Jesús; ¡y se aprovechan y se aprovechan! Tened mucho cuidado. Hijo, que no se aproveche de ti”*.

Hijos míos, Yo cuando veo que estáis diciendo: *“No me encuentro bien hoy. No voy a ir a orar”*. Yo estoy ahí diciendo: *“¡Sí, hijo, venga, tenéis que ir, venga!”*. Y Yo os pongo la mano donde a vosotros os duele, y digo *“¡Venga, arriba; ya se ha quitado todo!; ¡hala, a vuestras obligaciones, hijitos míos, como Yo lo estoy haciendo!”*; y veo que ya camináis... ¡qué contenta me pongo!, y digo: *“Ahí, que no ha podido “el Contrario” con ella, porque Yo también estaba ahí”*.

Así que, hijos míos, tened mucho cuidado con “el Contrario”, que está por todos los lados y se manifiesta de muchas maneras. Hijos míos, vosotros siempre cuando veáis lo contrario pensad y decid: **“Mi Amado Jesús no hace esto así; la Madre Celestial tampoco; y el Padre que está en el Cielo no quiere esto para mí”**; y ya lo contrario y se va de vuestro lado.

Hijos míos, seguid orando, que Yo os quiero mucho y quiero que tengáis mucho amor y muchas conversaciones; que estéis juntos; que habléis; que pidáis al Padre. Cuando no tengáis ese corazón limpio, porque siempre hay cosillas, decid: **“Padre, mi frente tócamela; límpiame; todos mis pensamientos pónmelos puros y quítame las tinieblas que tengo”**. Y así el Padre manda Rayos de Luz, para que os pongáis con el corazón y la mente fuera de todo lo malo, hijos míos.

Así que, orad mucho, que ahora es tiempo de orar y de sacrificarse un poquito por vuestro Amado Jesús; que Yo sé que lo queréis mucho, que lo amáis mucho; amadlo dándole vuestro corazón y vuestra alma, hijos míos, porque todo es de Él y nada tenemos si Él no nos lo da.

Hijos míos, os voy a bendecir para que quedéis bendecidos. Bueno, os van a bendecir los Rayos del Padre Celestial; va a mandar el Padre esa Luz Divina para que os cubra y nunca vayáis a oscuras. Siempre estéis iluminados y se vea la Luz cuando estéis en la oscuridad.

“Padre Celestial, alumbrá con tus Rayos; dales la Luz que Tú mandas; cúbrelos para que su corazón esté limpio; dales Luz: esa Luz que estás mandando para que queden iluminados; que el que quiera hacerles daño, con la Luz tuya no pueda. Con la Luz del Padre+, del Hijo+, y del Espíritu Santo+, el Padre Celestial os cubre de Luz y de Amor”.

Hijos míos, estáis muy bien bendecidos con la Luz Divina del Padre.

Adiós, hijos míos, adiós. Orad mucho y pedid mucho.